NACIÓN Y ESTADO EN ALEMANIA Y MÉXICO

JOSÉ MARÍA PÉREZ GAY

ESTAS NOTAS TIENEN POR OBJETO señalar cómo el Estado alemán contemporáneo organizó políticamente la sociedad acogiendo en su seno los intereses que parecían brotar de ella hasta volverse, durante décadas, el espacio fundamental de la vida política.

Sin duda, el Estado liberal mexicano del siglo XIX fue el centro de irradiación de la conciencia mexicana; ha reconocido y en parte inventado su nacionalidad, diseñado su civismo, generalizado sus símbolos, sometido o neutralizado su voluntad ciudadana, expropiado la cultura de manos de particulares y ha construido la infraestructura educativa.

La paradoja profunda de este Estado, dice Héctor Aguilar Camín, es que al hacer todas y cada una de esas cosas sembró también la sociedad que habría de rebasar su designio explícito desde los Borbones, modernizar al país, sacarlo de su postración económica y su tradicionalismo social; fue precisamente dar a luz un mundo que, de lograrse, volvería anacrónicas sus pretensiones tutelares, su dominio paternal, su absolutismo gubernativo.

Me pareció, sin embargo, que el Estado alemán, después de la Segunda Guerra Mundial, reunía también estas características; la analogía y la semejanza es la siguiente: los liberales mexicanos vieron siempre que el nacionalismo mexicano debía estar atado a una forma específica de gobierno. Ciento cincuenta años después, Jürgen Habermas aboga por el patriotismo constitucional como otra forma, pues el nacionalismo cultural le parece demasiado peligroso; aboga por una forma de nacionalismo alemán que esté también atado a una forma específica de gobierno, opuesto a los que hoy, después de la unificación, propugnan un nacionalismo germano.

A pesar de cualquier parecido, Otto von Bismarck no es Benito Juárez ni Benito Juárez, Otto von Bismarck; la *Kulturkampf* no es el liberalismo social, las leyes de mayo no son las leyes de reforma y el nacionalismo mexicano no es el alemán. Sin embargo, esta semejanza entre lo que los liberales mexicanos hicieron en el siglo XIX y lo que el Estado alemán hizo después de la Segunda Guerra Mundial me parece por lo menos interesante.

Un año después de la unificación uno puede preguntarse por el Estado, el nacionalismo y la identidad nacional en Alemania y distinguir entre la respuesta petrificada del pasado y la presencia embrionaria de otro país y otra sociedad, cuyas demandas centrales han sido cada vez más difíciles de manejar, con los viejos expedientes del autoritarismo germano.

En una entrevista en el periódico *Corriere della Sera*, el sociólogo Norbert Elias afirmaba, tres meses antes de morir en mayo de 1990, que el Estado había fundado la sociedad de la República Federal de Alemania después de la Segunda Guerra y que la identidad nacional se convertiría en el tema principal de la unificación contemporánea.

Esta unificación, decía Elias, trae consigo todas las contradicciones que el pasado alemán reunió y reveló a lo largo de los últimos cuarenta años. Sin embargo, prosigue, no podemos ver en el nacionalismo alemán, hoy en día, una expresión de la sociedad sino debemos ver a este nacionalismo como atado o dirigido por un gobierno con el fin de evitar los conflictos que harían de la Alemania unificada otra vez una nación en crisis.

Elias veía entre las ruinas que había dejado la derrota del Tercer Reich, una instancia unificadora. Vale decir, un Estado que dio a la sociedad, al cabo de un corto periodo de aprovisionamiento masivo, las condiciones de beneficencia en el amplio sentido en que la entiende la economía de la previsión social.

Para Norbert Elias la cuestión más importante seguía siendo si la Alemania unificada podía criticar y superar, dentro de esta crisis y esta revisión del nacionalismo alemán, la experiencia vivida durante la dictadura de Hitler. “No es fácil, —escribe Elias— desde la perspectiva de un nacionalismo beligerante, tomar distancia ante estos acontecimientos; uno tiene muchas veces la impresión de que el furúnculo Hitler no ha reventado, de que la pus palpita pero no ha salido todavía”.

Norbert Elias se adelantó a los sucesos de este año. La anexión de la República Democrática Alemana traería consigo, escribió en mayo de 1990, el fortalecimiento de grupos neonazis, pues en ningún lugar encontraron estos grupos una atmósfera tan propicia para sobrevivir como en la dictadura socialista.

El *ethos* nacionalista de los alemanes radica ahora en un poderoso sentimiento de solidaridad y responsabilidad (conflictos aparte), que no descansa en una o varias personas cuyo poder es omnímodo, como en el pasado, sino en una comunidad soberana que forman millones de individuos que se organizan aquí y ahora bajo las leyes y el código del Estado.

Este sentimiento les estuvo vedado a los alemanes durante más de cuarenta y cinco años. Hasta hace unos años se hablaba de dos distintas identidades nacionales; la herencia cultural de Alemania se encontraba re-

partida en dos grandes corrientes. La incógnita que guarda el futuro, decía Elias, es la siguiente: ¿podrá el Estado constitucional repeler las tendencias autoritarias del pasado próximo, como por ejemplo, el escándalo de la revista *Der Spiegel*; la prohibición de acceso a la función pública a miembros de grupos marginales de izquierda; la discusión sobre las peticiones de asilo político?

Es cierto que durante los últimos cuarenta años la nueva sociedad, la de la República Federal de Alemania, halló el sistema político que le correspondía. La prosperidad es una expresión más de la democracia consolidada; una economía fuerte es capaz de sobrevivir también en un nuevo clima y una sociedad que ha dado grandes pasos en el camino de la apertura y de la libertad. Pero, como diría Elias, la piedra en el zapato es el nacionalismo, su respuesta y la forma en que puede dirimirse en una Alemania unificada.

No sucedió otra cosa y ésta es la semejanza que quisiera mostrar con México en el siglo XIX. Los liberales, conscientes de lo que estaban haciendo, ataron al nacionalismo a una forma específica de gobierno muy contrariamente a lo que los conservadores querían hacer, hasta llevar la noción de la nación al pasado azteca y perderse en la noche milenaria de los tiempos.

Las catástrofes de nuestro siglo han introducido un cambio en la conciencia del tiempo histórico. La responsabilidad de los alemanes se hace extensiva, sobre todo, al pasado. Jürgen Habermas ha recordado aquella intuición de Walter Benjamin cuando en sus tesis de filosofía de la historia escribió: “no hay documento de la cultura que no sea a la vez documento de la barbarie”. Y así como los documentos no están libres de la barbarie, tampoco lo está el proceso de la tradición por el que un documento pasa de una mano a otra.

Para combatir eficazmente a los grupos radicales de la derecha (hoy en día, en Alemania, los grupos que asaltan y queman los campamentos extranjeros), el Estado constitucional debería redefinir lo que entiende por nacionalismo, por este patriotismo constitucional, del cual habla Jürgen Habermas, y debería también hacer conscientes las demandas de los muertos, las demandas que los muertos, como lo hiciera Walter Benjamin, hacen a la memoria, a la capacidad de recuerdo de las generaciones vivas.

Nadie puede reparar el sufrimiento pasado ni reparar las injusticias que se hicieron a los muertos, pero en una democracia como la alemana, todos poseen la débil fuerza de un recuerdo expiatorio.

No me interesa traer a cuento otra vez el horror del holocausto para explicar la historia reciente de Alemania, pero creo que, como escribió Habermas, sólo la sensibilidad ante los inocentes exterminados, de cuya

herencia viven los alemanes, es capaz de generar una distancia reflexiva respecto a la propia tradición y al propio nacionalismo. Una sensibilidad ante la terrorífica violencia de las tradiciones que han configurado la propia identidad nacional amordazada durante los últimos cuarenta años.

A los alemanes les estuvo prohibido hablar de su identidad nacional, hablar de su ser nacional, hablar de su situación nacional. Hoy, cuando la unificación pone sobre el tapete otra vez estas preguntas, me parece que es digna de toda consideración una reflexión que vaya más allá del presente, de declaraciones políticas, y recupere el nacionalismo con el sentido que los liberales mexicanos en el siglo XIX lo recuperaron.

Sólo mediante una forma de gobierno, sólo mediante un patriotismo constitucional puede el nacionalismo alemán tener, hoy en día, una perspectiva y un horizonte sobre el cual desarrollarse.

COMENTARIO

La idea central de la presentación de José María Pérez Gay es que actualmente la intervención del Estado federal alemán en la orientación del nacionalismo es la única respuesta posible a algunos de los dilemas y temores que plantea ese mismo nacionalismo. Comentaré este planteamiento en cuanto al camino deseable para encauzar algunos de los impulsos de la nación alemana y de lo que quizá sean tendencias históricas. Luego haré algunos comentarios con respecto a esta analogía que puede parecer tan extraña entre México y Alemania.

Con respecto a lo primero, creo que lo que hay que destacar es que en este momento el Estado federal alemán se encuentra, como lo señaló Manfred Mols en su presentación, frente a una sociedad dividida: la sociedad alemana hoy está dividida entre pobres y ricos, entre los prósperos alemanes federales y los antiguos ciudadanos de la Alemania democrática, que han ingresado recientemente a la boyante sociedad de la República Federal. El dilema más serio que enfrenta el Estado alemán es cómo resolver los problemas de la sociedad alemana sin despertar los antiguos fantasmas del nacionalismo.

Este fenómeno plantea un desafío importante. Durante muchos años se discutió el problema, entonces académico, de si dos estados antitéticos y contradictorios podrían sobrevivir en el seno de una misma sociedad, o si cada uno de estos estados estaba creando una sociedad a su imagen y semejanza. Creo que la unificación no ha dado, por lo menos hasta ahora, una respuesta satisfactoria a estos dilemas, porque no obstante el entusiasmo inicial, los antiguos ciudadanos de la República Democrática Alemana se encuentran ahora en un estado de inde-

fención frente al empuje de la República Federal. Están enajenados en un Estado con el que parecen identificarse todavía menos de lo que lo graban hacerlo con el de la República Democrática. La distancia resulta todavía más sorprendente si recordamos que el desplome del Estado democrático alemán ocurrió de tal manera, fue tal desmoronamiento, que reveló su carácter esencial de imposición extranjera.

Más todavía, muchos de los alemanes del Este repudian los valores consumistas de la sociedad federal porque los consideran ajenos a la tradición alemana. Hoy en día muchos en la antigua Alemania democrática reivindican los valores de la pequeña Alemania, de la Alemania provinciana, no cosmopolita, que se mantuvieron intactos durante los años de la República Democrática; estos mismos ciudadanos difícilmente se pueden identificar con los valores modernos y occidentales de la República Federal.

La integración de una nueva sociedad alemana resistente a los efectos del nacionalismo, o resuelta incluso por encima de éste, no es un problema de fácil solución. Tanto así que durante los últimos meses ha aumentado el número de reportes de ataques a extranjeros y se ha manifestado ya la xenofobia. Aun así, y tocando una nota discordante en el discurso más o menos pesimista o por lo menos precautorio que hemos estado escuchando esta mañana, se me ocurre que podemos también pensar que hay importantes diferencias con el pasado. Una de ellas sería que el nacionalismo alemán se ha manifestado no como resultado de una sensación de inseguridad sino ante el atractivo de la prosperidad y de la constatación del éxito de la experiencia democrática. Entonces puede pensarse que la tolerancia puede convertirse en el signo a partir del cual los alemanes que no se identifican todavía con el Estado federal puedan integrarse a la Alemania que ahora se les ha venido encima. No parece haber una mejor expresión para describir la manera como los alemanes del Este han vivido la reunificación.

Quiero pensar que en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial la tolerancia obtuvo carta de nacionalidad en la República Federal. Los muchos años que Alemania federal ha estado vinculada con Europa occidental han profundizado la occidentalización de la sociedad, y también han dejado su huella en la cultura de la República Federal. Esa huella es la que puede profundizar la acción integradora del Estado, apropiándose del impulso integrador de una nación construida con base en la historia y la cultura, pero también asociada con una forma específica de organización política.

Como ha sido señalado antes, Alemania debe entenderse como el país, la nación de los *alemanes democráticos*. Su identificación es tarea del Estado democrático. Jürgen Habermas, por ejemplo, ha expresado

claramente la dicotomía que parece oponer hoy en día a la Alemania cultural con una Alemania política, cuyas instituciones democráticas protegen el principio de tolerancia que una cultura homogénea siempre tiende a albergar.

Dejar el nacionalismo y la integración de la sociedad en sus manos exclusivamente supone el riesgo de que reaparezcan fragmentaciones insalvables, y que en esas condiciones la estabilidad sólo pueda ser garantizada por una autoridad superior que se imponga a las identidades políticas de manera autoritaria y monolítica.

Con respecto a la segunda parte de la presentación, esto es, en cuanto a la posibilidad de encontrar algún tipo de analogía entre dos países que parecen tan distantes el uno del otro como México y Alemania, quiero hacer las siguientes observaciones.

Nada parecería más absurdo que tratar de encontrar alguna similitud entre la democracia de Bonn y la de México; nada parece más distante de la pujante economía alemana, de las tasas de crecimiento de su economía ni de su fortaleza financiera que las tambaleantes finanzas mexicanas, no obstante la recuperación y sobre todo la dependencia de esa recuperación mexicana con respecto a Estados Unidos. Sin embargo, creo que hay una analogía válida en el ámbito más general de los problemas de una sociedad dividida: ambas sociedades enfrentan problemas de integración que pueden convertirse en una amenaza para la estabilidad política.

Como lo señalaba José María Pérez Gay, los liberales de fines del siglo XIX vieron una solución en la vinculación entre el nacionalismo mexicano y una forma específica de gobierno. La opción era planteada como una alternativa al nacionalismo cultural que los liberales veían como una amenaza para la nación liberal —individualista, centrada en la propiedad privada que ellos pretendían fundar, y a la que se oponía el corporativismo y el conservadurismo que proponían la Iglesia católica y los conservadores mexicanos.

Los liberales mexicanos también entendieron el Estado y lo construyeron como un referente colectivo inescapable, que fuera capaz de salvar las diferencias sociales y que permitiera la construcción de un proyecto estable, de largo plazo.

Es quizá en ese plano donde se puedan encontrar algunas analogías, pero no parecen ir tampoco demasiado lejos; creo que pueden mantenerse sólo como parte de un ejercicio académico y como tales son suficientemente ricas y estimulantes para invitar a una reflexión más profunda al respecto.